

ro no habló de él como todas, ni se espresó con disgusto ni con satisfaccion de la boda; escuchó la noticia y calló.

Tambien acontecia que D<sup>a</sup> Inés hacia ya muchos dias habia cambiado enteramente de carácter.

Una sombría tristeza habia sucedido á la jovial alegría que formaba el fondo de su carácter. D<sup>a</sup> Inés se habia negado á asistir á todas las diversiones á que habia sido invitada y apenas se la veia salir de su casa.

D. Manuel de Medina, su padre, apenas habia notado esta variacion. D. Manuel era viudo y estaba de tal manera entregado á las intrigas de la política, y comprometido en la causa del príncipe con el padre Nitardo, que cuanto pasaba en la casa era para él completamente extraño.

Los partidarios de D. Juan de Austria se reunian en la casa del marqués de Rio-florido; allí se discutian los negocios de mas importancia, allí se tramaban mil intrigas; la casa del marqués era el centro de operaciones de todos los descontentos de la corte y el padre Nitardo y los suyos llegaron á tener conocimiento de todo esto.

D<sup>a</sup> Inés, ó bien porque fuese verdaderamente adicta á la causa del príncipe, ó bien porque no teniendo otra ocupacion, buscaba en la política un medio de distraerse, lo cierto era que habia seguido el hilo de todas aquellas maquinaciones sin perder absolutamente nada.

El padre Nitardo era astuto y sagaz, sabia que se conspiraba en la casa del marqués, sabia quiénes entraban á esa casa, pero nunca habia logrado alcanzar de qué se trataba allí, cuáles eran sus planes, cuáles sus recursos y sus elementos.

Sentia la tempestad, pero no la veia, y no podia conjurarla; hubiera dado la mitad de los tesoros de la reina, hu-

## VII.

En donde se vé cómo se venga una mujer ofendida, y otras cosas que sabrá el curioso lector.



A corte de Madrid, estaba conmovida: corrian en ella dos grandes noticias.

La una era la partida de D. Juan de Austria para el Brabante con los refuerzos que iban de España y la otra el casamiento que se habia celebrado de D. Fernando con D<sup>a</sup> Eujenia.

Comentaban este matrimonio de mil maneras: unos decian que el padre Nitardo lo habia arreglado rápidamente, los otros que D<sup>a</sup> Eujenia se habia arrojado á los piés de la reina para pedirle que la uniese con D. Fernando, y otros agregaban, aunque en reserva, que D<sup>a</sup> Mariana de Austria se habia negado con obstinacion, pero que un dia alcanzó ver al jóven, y mudó repentinamente de opinion, y mandó que la boda se celebrara cuanto antes.

Ya nosotros referiremos mas adelante algunos pormenores cuando vengan á cuento.

D<sup>a</sup> Inés de Medina, la hija del marques de Rio-florido, supo como todas que se habia verificado aquel enlace, pe-

biera hecho cualquier concesion para tener un hilo en aquel laberinto, pero todos los esfuerzos habian sido inútiles y comenzaba ya á desesperar.

Una noche el padre Nitardo trabajaba en el aposento reservado en que le hemos visto entrar con Valenzuela en el principio de esta historia.

Aquel aposento era un amplio salon: las paredes estaban casi ocultas por una gran estantería de cedro en donde se veian multitud de volúmenes de todos tamaños, desde los *in-folium* en pergamino, hasta los pequeños almanaques y lunarios.

Grandes mesas habia por todo el aposento sobrecargadas de legajos de papeles, y solo dos sillones de madera blanca forrados de baqueta negra y con grandes clavos de bronce.

Podia asegurarse que desde aquel triste y oscuro recinto estaban gobernadas la *España y las Indias*, y el hombre que allí estudiaba, meditaba y resolvía, era el verdadero rey.

Solo dos personas tenian facultad para penetrar en aquella especie de sagrario: D. Fernando de Valenzuela y D. Antonio de Benavides: el primero habia llegado á ser el secretario, el consultor íntimo y secreto del padre Nitardo; el segundo no era más que un criado, un lacayo de honor, pero que tenia toda la confianza del favorito.

El primero, era el alma del jesuita como hombre público, el segundo, lo era como hombre privado.

La noche en que nosotros hemos penetrado al gabinete del padre Nitardo, el confesor de la reina, á la luz de una bujía de cera, leia y escribia sentado delante de una de las grandes mesas, que destinadas parecian á recibir cada una

un ramo distinto de la administracion, ó de la correspondencia del padre Nitardo.

Llamaron suave á la puerta con tres golpes: el padre Nitardo alzó la cabeza, y cubriendo la luz de la bujía con la mano estendida para ver mejor á la persona que entraba, exclamó:

—Adelante.

Se abrió la puerta y penetró en la estancia D. Fernando de Valenzuela.

—Santas noches dé Dios á V. E.—dijo D. Fernando.

—Ah! eres tú, Valenzuela? pasa, hijo mio, que ya hacia largo rato que te aguardaba.

Como se ve, el padre Nitardo habia llegado á tener gran confianza y cariño á D. Fernando.

—Perdóneme V. E., pero en el servicio de Su Majestad me he detenido.

—Qué sucedió?

—Héme empeñado en descubrir cuál sea la trama que urden los partidarios del príncipe, que ajitados y recelosos los miro hace dos ó tres dias, y reciben correos y envian emisarios, pero con sijilo tan grande y tan suma prudencia que no es posible sacar nada en limpio.

—Espero que muy pronto cortaremos todas esas tramas: el príncipe D. Juan, segun estas cartas que acabo de recibir, ha llegado á la Coruña, y supongo fundadamente, segun las órdenes que lleva, que se embarcará dentro de tres ó cuatro dias: entonces, léjos él de la corte y embarazado con las operaciones de la campaña, dispersaremos como una bandada de gorriones á todos esos hombres que se empeñan en elevarlo.

—Témome, señor, que intenten ellos algo antes de que

se verifique el embarque del príncipe D. Juan; porque en esta misma noche he visto en las calles, cerca de la casa del marqués de Rio-florido, á D. Pedro de Pinilla, capitán de los tercios de Flandes, y partidario del príncipe, que se hallaba ausente de Madrid.

—Noticia tenia yo ya de la llegada del capitán Pinilla, y que vino á la corte, sé, con D. Bernardo Patiño, el hermano del secretario de D. Juan: algo preparan; pero estamos prevenidos.

—En la casa del marqués de Rio-florido hay esta noche una reunion.

—Ya se la vijila. ¿D<sup>a</sup> Eugenia nada ha observado en la cámara de S. M?

—Nada absolutamente. Su Majestad se ha quejado con ella de la guerra que esos hombres hacen á V. E. y dícho-la que antes sucumbiria que permitir que falten en nada á su confesor.

—Dios mande el acierto á tan magnánima reina.

Tres golpecitos dados en la puerta interrumpieron aquella conversacion.

—Debe ser Antonio—dijo el padre—D. Fernando, hazme la gracia de mirar.

Valenzuela se levantó, abrió la puerta, y volviendo el rostro hácia donde estaba el padre, le dijo:

—Es Benavides.

—¿Qué quiere?

D. Fernando habló en voz baja á Benavides, y dijo dirigiéndose al padre:

—Dice que le interesa mucho hablar con V. E.

—Déjale que pase.

Valenzuela abrió uno de los batientes, y D. Antonio

de Benavides entró hasta donde estaba el padre Nitardo.

—¿Qué se ofrece?

—Señor, una dama encubierta, me ha hecho llamar, y dice que importa á la salud del reino que hable ella esta misma noche y en este momento mismo con V. E.

—¿Quién es ella?

—Lo ignoro completamente: solo á V. E. quiere confiar su nombre y su condicion; agrega que tiene un secreto de la más alta importancia.

—¿En dónde está?

—En un aposento inmediato téngola oculta.

—Que venga, pues.

Benavides hizo una reverencia y salió.

—Valenzuela—dijo el padre—una dama quiere hablarme en secreto, espérame en tu habitacion, que yo te enviaré á llamar con Benavides.

D. Fernando salió tambien haciendo una profunda reverencia.

Pocos momentos despues, D. Antonio conducia hasta la puerta á una dama que hizo entrar, quedándose él por fuera.

La dama vestia de negro y estaba cubierta con un tupido velo.

—Pase vuestra merced, señora—dijo el padre—y dígame en qué puedo servirla.

—Si me lo permitís, señor, tomaré asiento, que fatigada estoy, más por la violencia que me cuesta el paso que doy, que por el cansancio del camino.

—Puede vuestra merced hacer lo que mejor la plazca.

La dama acercó un sitial á la mesa, se sentó, respiró un poco y despues de tomar asiento, dijo:

—Señor, voy á descubrir un secreto importantísimo para la monarquía y para vos, pero como este secreto tanto vale, el precio de él debe estar asegurado de antemano.

—Dispuesto estoy á dar su precio, si lo que se descubre vale lo que se exige.

—Tanto se descubre, cuanto es poco lo que se pide.

—¿Qué se descubre, pues?

—Primero, lo que se pide, reverendísimo padre: sois el poderoso y á mí me corresponde antes el asegurarme.

—Pues veamos lo que se pide.

—Únicamente un salvo-conducto con la firma del R. Padre confesor de S. M. é inquisidor general de estos reinos, en favor del marqués de Rio-florido.

—Pero el marqués es uno de los principales conspiradores.

—No es, señor, de los principales, y algo debe valer ese salvo-conducto cuando en cambio se dá un tan gran secreto, que si el marqués fuera inocente ni gracia era dar el salvo-conducto, ni la pena valia de pedirse: mucho es pero por mucho se dá.

—Sea como dice vuesa merced, señora; se dará el salvo conducto.

—Es que ha de ser ahora mismo, si no nada diré.

—Exigente viene vuesa merced.

—El tiempo vuela, el negocio urje y el secreto importa.

—Bien.

El padre Nitardo tomó un pergamino, y se puso á escribir en él.

Rechinó la pluma largo rato sobre la tersa superficie de aquella piel: por fin, el padre firmó.

—El sello, señor—dijo la tapada.

—Ningun requisito quiere vuestra merced, señora, que falte.

—Cuando me hayais conocido, vereis cuánta razon tengo para ello.

El padre puso un gran sello en el pergamino.

—Ahora tómele vuesa merced, señora—dijo con gran calma el padre—y léale, á ver si está á su gusto.

La tapada alzóse un poco el velo y leyó detenidamente el pergamino.

El padre Nitardo la dirijia miradas ávidamente curiosas, pero no pudo reconocerla.

—Está á mi gusto: ahora hablaré.

—Ante todo ¿quién es vuestra merced, señora?

—Yo soy—dijo la tapada alzándose completamente el velo y dejando ver un rostro encantador—D<sup>a</sup> Inés de Medina, hija del marqués de Rio-florido.

—¡Ave María Santísima!—dijo el padre Nitardo retirándose.

—No os asombreis, señor; oídme, y entonces calificareis mi conducta.

El padre Nitardo, sin volver de su asombro, se dispuso á escuchar, y D<sup>a</sup> Inés comenzó de esta manera.

### VIII.

En que se continúa tratando del mismo asunto que en el anterior.

 SEÑOR—dijo D<sup>a</sup> Inés—mi padre es uno de los mas ricos y mas celosos partidarios del príncipe D. Juan y por lo mismo mi casa ha sido elejida por los demás para celebrar sus juntas y dietar sus determinaciones. El principal obstáculo que se ha presentado hasta hoy á los partidarios del príncipe, ha sido el gran valimiento que teneis, señor, con S. M., y todos ellos están ciertos de que faltando vos podria venir el príncipe D. Juan y enseñorearse del Consejo y de la monarquía.

—Cuentan demasiado con la condescendencia de S. M. la reina, que en ningun caso llamaria al príncipe.

—Así será quizá; pero todos ellos han jurado la caída del valido, (perdonad, que así le llaman) y hace muchos dias que se proponen medios para conseguirlo.

—¿Y cuáles son ellos?

—Mil á cual mas absurdos y apenas podria recordarlos; pero todos ellos han sido desechados, hasta que en esta noche D. José de Mallades ha presentado uno de cuya ejecucion y eficacia responde, y al escucharlo, oculta tras un ta-

piz, me he determinado á venir en el momento á daros aviso por si quereis evitarlo.

—¿Y cuál es ese plan?

—Trátase nada menos que de escribir al príncipe que por cualquier motivo evite la salida de los refuerzos que van al Bravante; de escribir luego esta determinacion á la corte de Francia para que se apoderen las tropas francesas de aquellas provincias. Escitada así la animadversion pública circulando la voz de que todo esto es obra vuestra y que estais vendido á la corte de Luis XIV, promover un tumulto pidiendo á S. M. vuestro destierro por traidor á la España, en bien de la monarquía, y si la ocasion se proporciona haceros morir en medio del tumulto.

—Pero, señora, ¿qué pruebas me dais de que todo eso es cierto, y qué motivo teneis para hacer denuncia que comprometa la vida de vuestro padre, ó al menos su libertad?

—Ni la vida ni la libertad de mi padre corren peligro ninguno, supuesto que antes de declararos mi secreto, me habeis firmado un salvo-conducto, que vale muy bien el servicio que hago á la monarquía: yo quiero que concluyan esas tramas que dia á dia me hacen temblar por la vida de mi padre y por la tranquilidad del reino: este es el motivo de mi denuncia; en cuanto á las pruebas os será muy fácil adquirirlas: esta madrugada á las dos en punto de la mañana saldrá de la misma casa de mi padre el hombre que lleva consigo todas las pruebas; hacedle prender.

—¿Y cómo sabremos que es él entre los que salen de la casa de vuestro padre?.....

—Será el único que se retire á esa hora.

—Bien....

—Señor, solo encargo á vuestra discrecion el secreto;

nadie debe saber que yo he sido la persona que ha hecho esta denuncia, ni la misma reina.

—Os respondo de ello, señora.

—Adios.

La dama volvió á cubrirse cuidadosamente y salió de la estancia.

Benavides la aguardaba.

—Conduce á esa señora hasta donde ella te diga, y vuelve á verme—le dijo el padre.

La puerta se cerró y el reverendo padre Nitardo volvió á quedar solo, y se puso á escribir violentamente.

Después de una media hora, volvió Benavides.

—Benavides—dijo el valido—llama á D. Fernando de Valenzuela.

Benavides con una actividad asombrosa volvió muy pronto trayendo consigo á D. Fernando.

—D. Fernando—dijo el padre tan luego como le vió—¿cómo no se ha recojido D<sup>a</sup> Eugenia?

—No, señor—contestó Valenzuela.

—Hazme la gracia, hijo mio, de preguntarle si le será posible entrar á la estancia de S. M.

—Sí, señor.

—Si así fuere, suplícale en mi nombre, diga á S. M. que tengo necesidad de verla en este momento para un negocio de suma importancia.

—Muy bien.

D. Fernando, sin esperar mas, salió precipitadamente.

—Benavides—dijo el padre.

—Señor.

—Tomarás contigo cuatro hombres de la guardia, los que á tí mejor te parezcan, lo oyes?

—Sí, señor.

—Aquí está la orden para el jefe. Con esos cuatro hombres te irás á apostar al frente de la casa en que vive el señor marqués de Rio-florido.

—Esta bien.

—A las dos de la mañana saldrá de allí un hombre, le aprehendes, y le llevas á las cárceles de la Inquisicion.

—Comprendo.

—He aquí un pliego que harás entregar al alcaide de las cárceles secretas del Santo Oficio: en el va la orden para que se registre escrupulosamente á ese hombre, y que te sean entregados cuantos papeles lleve consigo; cuando esos papeles sean en tu poder, inmediatamente cuida de traérmelos, y esté yo aquí, ó en la cámara de Su Majestad, allí me haces llamar y me los entregas en mi mano. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Procura que los hombres que lleves no conozcan á ese hombre que vas á aprehender, y si es posible, procura no conocerle tú mismo; hay secretos que son peligrosos para el que los descubre.

—Cumpliré fielmente.

—Así lo espero: si ese hombre se escapa, mañana mismo te hago dar garrote: anda.

Benavides hizo una reverencia y salió.

El padre Nitardo comenzó á pasearse con muestras de impaciencia.

Por fin, oyó á lo lejos el eco de unos pasos que se acercaban; el padre detuvo su paseo y se puso á escuchar. Llamaron á la puerta.

—Es D. Fernando?—esclamó—adelante.

—Señor—dijo D. Fernando—Su Majestad espera á V. E.

—Vamos—esclamó el padre—y tomando un bonete se cubrió la cabeza y salió de su despacho, que cerró dando dos vueltas á la llave. ....

.....  
 Eran cerca de las dos de la mañana; sombría estaba aun la noche, y rumor ninguno venia á interrumpir el triste silencio de aquella hora.

La fachada de la casa del marqués de Rio-florido, daba sin embargo, algun indicio de vida. Se distinguia luz en una de las habitaciones del piso principal. Y si el sol hubiera lucido de repente se habria podido notar en una pequeña ventanilla que caia encima de la puerta principal á una mujer que miraba para la calle, y á los dos lados de aquella puerta dos grupos de hombres que esperaban inmóviles, apoyados en los muros de la casa.

En medio de aquel profundo silencio se oyó el ruido de un cerrojo que se corria en la puerta principal; se abrió un postigo y un hombre embozado hasta los ojos y con el sombrero calado hasta las cejas salió por allí.

Otro que le acompañaba volvió á cerrar, diciendo:

—Dios os guie.

Entonces hubiera podido verse á la mujer que estaba en la ventanilla estirar el cuello, procurando adivinar la escena que iba á tener lugar entre las sombras.

El embozado tomó á la derecha y comenzaba á caminar cuando de repente tres hombres se lanzaron sobre él y le sujetaron.

Hombre de resolucion y de poderosas fuerzas debia ser aquel, porque comenzó á luchar para desasirse de sus contrarios, y quizá lo hubiera conseguido, cuando á estos lle-

gó refuerzo, y otros dos hombres mas se unieron á los primeros asaltantes.

La operacion fué ya muy sencilla, y el embozado quedó prisionero, atado de piés y manos, y con una mordaza.

—Cubridle el rostro con la capa—dijo uno de los que habian hecho la prision—nadie sea osado verle?.... ahora, cargad con él y seguidme.

La mujer de la ventanilla nada habia podido ver por la oscuridad, pero habia oido el rumor de la escena, y luego escuchó la órden que daba el que debia ser el jefe.

Luego las pisadas de aquellos hombres le indicaron que se alejaban ya con su presa: la mujer iba ya á retirarse, cuando una ronda desembocó precisamente por el mismo rumbo que llevaban.

A luz del farolillo de aquella ronda la mujer descubrió al hombre envuelto en su capa y conducido en hombros de los otros.

—Ténganse! á la justicia—gritó el que llevaba la ronda.

—Orden de Su Majestad—contestó el jefe del grupo mostrando un papel.

La mujer de la ventanilla vió al alcalde tomar el papel, acercarse al farol, quitarse humildemente el sombrero, besar la órden y devolviéndola al que se la habia presentado, tomar otro rumbo sin mas averiguacion.

Algunos minutos despues la calle habia vuelto á quedar oscura y silenciosa.

—Comienzo á vengarme—esclamó la mujer y cerró la ventana.

Cuando la luz del aposento iluminó su rostro, se pudo ver que aquella mujer era D<sup>a</sup> Inés de Medina.

Estaba densamente pálida, pero brillaba en sus ojos una inemensa alegría.

En el interior de aquella casa velaba al mismo tiempo otra persona: el marqués de Rio-florido.

Cuando D<sup>a</sup> Inés cerraba la ventana, despues de haber presenciado la escena de la ronda, el marqués se metia alegremente en el lecho, exclamando:

—Ah! reverendísimo padre Nitardo, en esta vez solo que el demonio mismo te avise podrás escapar: dentro de tres horas, ya todos nuestros trabajos estarán fuera de tu alcance. De vencer tiene el príncipe D. Juan, y yo de ser tengo tambien virey y capitan jeneral de la nueva España.

## IX.

En donde se refiere cuán espedita y ejecutiva era la justicia de S. M. D<sup>a</sup> María Ana de Austria cuando se trataba de su confesor.

**L** padre Nitardo llegó hasta la antecámara de la reina, en donde le esperaba ya D<sup>a</sup> Eujenia para introducirle.

—D. Fernando—dijo el padre—será prudente que me aguardes aquí con tu esposa; quizá mientras hablo con S. M. llegue en demanda mia; Benavides, suplica á mi nombre á D<sup>a</sup> Eujenia que me entre el aviso aunque hable yo con S. M. en ese momento, que cosa debe ser muy importante al real servicio.

—Cumpliré, señor—dijo Valenzuela.

El padre penetró en la cámara de la reina.

D<sup>a</sup> María Ana de Ausrria le esperaba sentada en un sitial cerca de una mesa en la que leia un devocionario á la luz de dos bujías de cera.

La luz de aquellas bujías alumbraba apenas la real cámara y hacia resultar en la oscuridad del tapiz de las paredes y de los muebles los soberbios recamos de oro de las blasonadas colgaduras y sitiales.

D<sup>a</sup> María Ana de Austria vestía un severo traje de terciopelo negro; era el luto que siempre conservó por el difunto rey.

La reina aún era jóven, y á pesar de sus negras tocas de viuda era una mujer hermosa.

Felipe IV casó en primeras nupcias con D<sup>a</sup> Isabel de Francia, hija de Enrique IV y el primer hijo que tuvo de este matrimonio, y que fué el príncipe D. Carlos, murió en el año de 1646, cuando se habia casado con D<sup>a</sup> María Ana de Austria, y antes de consumarse el matrimonio.

Felipe IV se unió despues con la que debia haber sido mujer de su hijo, y que era naturalmente muy jóven.

D<sup>a</sup> María Ana de Austria nació en 1634; de manera que á la muerte del rey tenia apenas treinta años, y treinta y dos en los días en que pasan los acontecimientos que venimos refiriendo.

La reina vivia como aislada en medio de la corte de España; su cualidad de extranjera no habia podido ser olvidada, y su caprichoso cariño y la proteccion inmoderada que dispensaba al padre Nitardo, la hacian menos amada de sus súbditos y sobre todo de la nobleza española.

La reina cerró su devocionario cuando lo anunciaron al padre Nitardo y se dispuso á recibirle.

—Dios guarde á V. M.—dijo el padre.

—El os proteja—contestó la reina—grave asunto debeis tener que comunicarme cuando os miro á esta hora por mi cámara.

—Tan grave es, señora, que me he atrevido á pedir audiencia á V. M. á hora que no debia ya de ocuparse de negocios.

—La suerte de los reyes—dijo D<sup>a</sup> Maria Ana—es envi-

diada del vulgo, que no conoce que son los reyes los que menos pueden disponer de su voluntad y de su corazon, y que momentos, y no muy raros, tienen de envidiar á su vez la suerte del último de sus vasallos.

Habia en el acento de la reina y en sus palabras tan profunda tristeza que el padre Nitardo se sintió conmovido.

—Sea el gran consuelo de V. M. en estas tribulaciones, —dijo el padre Nitardo—que todo es para mayor honra y gloria de Dios; que lugar preferente guarda entre sus escojidos á todos los que han llorado sobre la tierra.

—Dios me envíe resignacion como me envia penas y dolores: ¿qué negocio os hace llegar aquí á esta hora?

—Una nueva conspiracion de los partidarios de D. Juan.

—Siempre D. Juan, siempre D. Juan: ese hombre no podia negar que á la real sangre de los príncipes de la casa de Austria, tiene mezclada la plebeya de la Calderona, de la cómica: ¿y qué hay, pues, de nuevo?

—En esta noche han tomado ya una resolucion: trátase de entregar el Bravante á los franceses, de levantar al pueblo de Madrid, y de hacerme morir en medio del tumulto, para obligar á V. M. á llamar á su consejo al príncipe.

—¡Desleales, jamás lo conseguirán! ¿y qué habeis hecho?

—He mandado aprehender al emisario que debia salir á conferenciar con el príncipe D. Juan, y á él deben encontrarse los papeles que dan mayor luz á este negocio.

—¿Y quién es ese emisario?

—Aun lo ignoro; he prohibido al encargado de prenderle que se le reconozca, con objeto de que en la corte no se divulgue le noticia de su prision si es personaje conocido,

y así no le llegue el aviso al príncipe y se embarque sin dificultad para su destino.

—Ese hombre sea quien fuere debe morir.

—Mi carácter sacerdotal me prohíbe aconsejar se ordenen medidas de esa naturaleza, V. M. en sus altos designios podrá disponer, si quiere, que se haga un saludable y ejemplar escarmiento.

—Oh! sí!—esclamó con gran escitacion la reina—que ese hombre muera, que muera sin remision; así comprenderán todos esos conspiradores á quanto se esponen; basta ya de sufrimiento y de condescendencia; yo soy la reina, y si por serlo sufro y padezo y tengo que contrariar mis inclinaciones y que ocultar mis simpatías, que hacer muchas cosas que no estaria obligada á hacer la viuda de un labriego; que me respeten que me teman, que sepan que soy su reina, su señora; ellos, la nobleza, me tiranizan y me atacan: bien, acepto el reto, María Ana de Austria; es aun la reina: ahora verán como sabe castigar: escribid, señor.

María Ana de Austria estaba en un momento de febril exaltacion, sucesos desconocidos y secretos que quizá conocerán mas adelante nuestros lectores, habian llegado á escitar de tal manera su temperamento que no necesitaba mas que un incidente cualquiera para poder estallar.

Aquella reina, mujer, jóven y hermosa, de pasiones ardientes, de imaginacion viva que sentia cruzar á su lado intrigas y lances de amor, y que habia pasado parte de su vida, lo mas florido de su juventud, unida á un hombre que podia ser su padre, viuda primero de un jóven á quien no habia conocido, y despues, de un anciano á quien no habia amado, obligada á vivir en la soledad y el retraimiento, sin porvenir y sin ilusiones, cuando su edad y su corazon

la llamaban aun al mundo y al amor, María Ana de Austria era verdaderamente desgraciada.

Por eso su carácter dulce se iba de dia en dia convirtiendo en una especie de misantropía, por eso habia en sus conversaciones tanta tristeza y tan sombrío fondo, por eso pasaba rápidamente de la calma á la exaltacion. Porque aquella reina, como ella decia, era mas infeliz que la mujer de cualquiera de sus vasallos.

El padre Nitardo habia tomado una pluma de un rico tintero de plata y habíase colocado en la mesa con un papel delante, pronto á escribir lo que la reina le mandara.

—Una órden—esclamó María Ana de Austria con los ojos chispeantes—una órden, para que se le dé garrote vil á ese embajador de los conspiradores.

—¿Y si es un noble señora?

—Si es un noble, morirá en el garrote.

—Pero la nobleza se alarmará viendo atacados sus fueros.

—¿Y el rey no debe alarmarse al ver invadidos sus sagradas atribuciones? ¿de cuándo acá los reyes no son libres para tener cerca de sí, en su consejo, á las personas que quieran?

—Sin embargo, señora, perdóneme V. M., pero la nobleza va á sentirse herida en el corazon al ver uno de los suyos morir en el garrote.

—¿Puedo elevar á un plebello hasta la grandeza de España?

—Sin duda basta para ello la voluntad de V. M.

—Pues entonces... escribid.

El padre Nitardo comprendió lo que aquello queria decir y escribió la órden.

La reina seguia con los ojos el movimiento de aquella

pluma, y los caracteres que se iban dibujando en el papel, abriendo el sepulcro de un hombre.

Cuando conoció que el padre había concluido, estendió la mano para tomar la pluma, y con pulso tranquilo puso la firma.

—¿Estará ya preso ese hombre?—preguntó la reina.

—Sí, señora—dijo el padre Nitardo mirando una muestra—han dado ya las dos.

—¿Y cómo sabremos la realidad?

—Dentro de muy poco tiempo vendrá al palacio la persona encargada de su aprehension, con los papeles que se le hayan encontrado.

—¿Tardará?

—Creo que no: si V. M. me permite, iré á ver....

—No hay necesidad, quedaos.... no quiero estar sola.

La reina calló, y el padre también quedó en silencio; se podía oír el ruido de la atmósfera que rozaba contra las paredes, y los lijeros estallidos de las bujías.

Los dos meditaban. Así pasó un largo rato, y la reina no daba la menor muestra de impaciencia.

Llamaron suavemente á la puerta: aquellos golpes eran mas bien para adivinados que para escuchados.

—¿Me permite V. M.?—dijo el padre levantándose y dirigiéndose á la puerta.

La reina inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

El padre abrió la puerta y se encontró con D<sup>a</sup> Eujenia.

—Benavides pregunta por S. E.—dijo la dama.

El padre salió dejando á la reina sola, pero María Ana de Austria estaba tan engolfada en sus meditaciones que nada observó.

—¿Qué hay?—preguntó el padre á Benavides, á quien

encontró en la antecámara hablando con D. Fernando.

—El hombre está preso, y aquí están los papeles que llevaba—contestó Benavides, entregando un grueso cartapacio.

—Bien: toma esa orden, infórmate de ella y que se cumpla.

El padre entregó á Benavides la orden que había firmado la reina, y tomando los papeles que le presentaba Benavides volvió á entrarse á la cámara real.

Benavides abrió la orden, miró la firma, la besó, y comenzó á leer.

D<sup>a</sup> Eujenia y Valenzuela lo observaban.

Repentinamente cambió Benavides de color y exclamó:

—Jesús lo ampare.

—¿Qué sucede?—dijeron á un tiempo D. Fernando y su esposa.

—¡Silencio por Dios!—exclamó trémulo Benavides,—lo que os voy á decir es un secreto terrible, pero necesito contar, porque me ahogo.

—¿Qué hay, pues?

—Esta es una orden para que en el término de tres horas se dé garrote á un hombre á quien acabo de aprehender.

—Infeliz—exclamó D<sup>a</sup> Eujenia.

—Oh! pero aun no lo sabeis todo—dijo en voz baja Benavides—¿sabeis quién es ese hombre que dentro de tres horas debe morir en el garrote?

—¡Quién! ¡quién!

—Guardad el secreto—continuó Benavides, paseando en derredor sus inquietas miradas—ese hombre.... es.... D. José de Mallades.

—Dios nos asista—exclamó Valenzuela.

—Desgraciada Laura—dijo D<sup>a</sup> Eujenia cayendo desplomada en un sitial.—Se lo habia yo pronosticado.

D. Fernando acudió al socorro de su esposa, que parecia próxima á desmayarse, y Benavides, como espantado de la revelacion que acababa de hacer, salió precipitadamente.

Daban en este momento las tres de la mañana.

.....

El padre Nitardo, delante de la mesa, abria las cartas que le habian quitado al preso, y daba cuenta á S. M.

## X.

De lo que pasaba á las seis de la mañana.

ON José de Mallades, pues que ya sabemos que habia sido el preso, fué con el mismo sijilo trasladado de las prisiones de la inquisicion á un oscuro calabozo de la cárcel real.

Mallades comprendia que habia sido denunciado y que los papeles que le habian arrebatado lo comprometian en gran manera; pero muy lejos estaba de creer la suerte que le aguardaba.

D. José tenia confianza en la proteccion y amistad que le dispensaba el príncipe D. Juan de Austria.

El príncipe tenia enemigos terribles en la corte, la reina le queria mal, pero el señor D. Juan de Austria era un señor muy poderoso, capaz de hacer temblar á la corte con uno solo de sus movimientos, y Mallades sentia proyectarse en su misma prision la sombra augusta de su protector.

Esperaba que al dia siguiente sus amigos tuvieran noticia de lo que le habia acontecido, que escribirian al príncipe y que éste muy pronto lo haria poner en libertad.